

SOBRE LA RADA DE IQUIQUE

Por

Claudio OLAVE López

Sobre la rada de Iquique, el mar de luz palpitante
desgarra al amanecer su estridencia de gaviotas.
La "Esmeralda" pensativa, silenciosa y vigilante
escudriña el horizonte, sus latitudes remotas.

El viento de sal curtido, se trepa en un dos por tres
como un grumete avezado a la driza de mesana,
y las últimas estrellas deshojan su palidez
en destellos de rocío que salpican la mañana.

La "Covadonga" allá lejos, en su ronda matutina
hincha las venas azules de sus jarcias impetuosas.
Una canción marinera por los mástiles se empina.
Por la quilla alquitranada salta la espuma hecha rosas.

¡Humos al norte! El vigía esparce su ronco alerta.
Los gallardetes flamean las puntas enardecidas.
Firme la tripulación de la "Esmeralda" en cubierta,
escucha a su capitán, sus palabras encendidas.

Brilla en su arenga inmortal el tricolor nunca arriado,
el alma entera de un pueblo, su temple lleno de agallas.
Su decisión de combate; el valor juramentado
en tronante ¡VIVA CHILE!, se transfigura en metrallas.

De zafarrancho y oleajes el mar es de clarinadas,
de cañones que abren fuego y enfrentan al enemigo,
de relámpagos velludos, de fervor y de granadas
que rebotan en el "Huáscar" como fanegas de trigo.

Del litoral escarpado las baterías costeras
barren oblicuas y aviesas, vidas, paisaje y sudor.
Y el monitor iracundo con andanadas rastreras
descuartiza los trinquetes y la línea de estribor.

Un mar de sangre sublime se hace fuerte en las amuras,
y la muerte no da abasto y no alcanza a comprender
tanta fuerza incontenible, tatuajes y arboladuras,
luchando a brazo partido para cumplir su deber.

Cae el cielo, chamuscado, oleadas de golondrinas.
La "Esmeralda" entre dos fuegos, amarra su corazón,
con vísceras y cordajes, con algas, yodo y sardinas,
con juventud hecha astillas y sueños en plena acción.

Y todos los tripulantes fogueados al rojo vivo
prosiguen empecinados en su lucha desigual.
Ruge el "Huáscar" y descarga en aluvión sorpresivo
por la aleta de babor su espolonazo brutal.

¡Al abordaje, muchachos! grita Prat a pulmón lleno
y su salto centelleante es un salto al infinito.
Lo sigue el sargento Aldea, austral, bravío, certero,
en facha, de pelo en pecho, macheteado de granito.

Por la cubierta peruana, Prat resuelto se encamina
a la torre de combate, azul, erguido y frontal,
de coraje iluminado la metralla lo fulmina,
mas, su espíritu de lucha se amantilla torrencial.

La "Esmeralda" se estremece, ha muerto su comandante,
sus lágrimas son de acero, de machetes sus muñones.
Vuela la timonería, el pañol entrejadeante,
las velas rotas semejan albatros, nuevos pendones.

En la segunda embestida, Serrano y doce valientes
se lanzan al abordaje. No hay que darse mis muchachos.
La muerte los amortaja con sus resacas silentes.
El viento cierra sus ojos con jirones de velachos.

Tórax humeante el cenit revienta en las escotillas.
La resolana otoñal escala su propia espalda.
Como una madre agobiada sin hijos y sin rodillas,
con su tricolor al tope se hunde la vieja "Esmeralda".

Azotado por las olas, Riquelme, guardiamarina,
taconea con su vida el último cañonazo.
Y la estrella solitaria toda la rada germina.
Y Mayo de norte a sur es un largo espolonazo.

La patria cierra sus ojos y restaña sus heridas,
su perfil a todo trapo. Su destino es navegar
todos sus sueños navales, sus rutas de amor henchidas.
Calafateando el futuro su bitácora es el mar.

